EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

Mario Vargas Llosa

En esta aguda semblanza de Isaiah Berlin, Mario Vargas Llosa afirma que probablemente sólo Popper y Hayek hicieron tanto como Berlin por la cultura de la libertad. En otro plano, Vargas Llosa destaca la transparencia y amenidad de la prosa de Berlin (comparándola con la de Stendhal), así como la contagiosa humanidad de sus ensayos, los que a menudo, a juicio del autor, adquieren una cualidad novelesca.

Si, además de genial, Isaías Berlin (1909-1997) no hubiera despertado en torno tanta simpatía y afecto, es probable que nunca hubiera llegado a ser la figura intelectual universalmente reconocida que era a la hora de su muerte, y el grueso de su obra permanecería desconocido para la inmensa mayoría de sus lectores, con la excepción del puñado de colegas académicos y discípulos que lo frecuentaron en Oxford y en las universidades norteamericanas donde enseñó. Su caso, que yo sepa, es único, en lo que concierne al olímpico desinterés que demostró toda su vida por que sus

MARIO VARGAS LLOSA. Escritor y ensayista.

ensayos fueran publicados y leídos —creía muy sinceramente que no valían tanto como para merecer ese honor—, y, también, en su decisión de no escribir su autobiografía, ni llevar un diario, como si la imagen que pudiera llegar de él a la posteridad lo tuviera sin el menor cuidado *("Aprés moi le déluge"*, le gustaba decir).

Los que no pasamos por sus aulas, y sin embargo nos sentimos sus alumnos, nunca agradeceremos lo bastante a Henry Hardy, el estudiante de posgrado de filosofía, de Wolfson College (que Isaías Berlin fundó y dirigió en Oxford, entre 1966 y 1975), que en 1974 propuso a su maestro coleccionar, editar o reeditar sus escritos. Por increíble que parezca, hasta esa fecha sólo habían aparecido tres libros suyos: los dedicados a Marx, a Vico y Herder, y sus cuatro ensayos sobre las libertades. El resto de la vasta obra que ya llevaba escrita se hallaba inédita, en cajones polvorientos de su desván, o enterrada en revistas especializadas, *Festschriften*, folletos de circunstancias —homenajes, discursos, informes, reseñas, necrológicas— o en archivos de instituciones oficiales, alimentando a las polillas. Gracias a las dotes persuasivas de Hardy, quien logró vencer la tenaz reticencia de Isaías Berlin por esa empresa de bibliografía arqueológica de su propia obra que le parecía injustificada, y a su titánico empeño de rastreador de bibliotecas y riguroso editor, fueron apareciendo, entre 1978 y 1999, *Russian Thinkers, Concepts and Categories, Against the Current, Personal Impressions, The Crooked Timber of Humanity, The Magus of the North, The Sens of Reality y The Roots of Romanticism*, es decir, los libros que cimentaron el prestigio de Isaías Berlin dentro y fuera de los recintos universitarios, y comenzarán a aparecer, en un futuro próximo, los volúmenes de su oceánica correspondencia. Sin la devoción y la tenacidad de Henry Hardy, el maestro del pensamiento liberal que hoy conocemos no existiría. Y, sin Michael Ignatieff, otro amigo y seguidor pertinaz del profesor letón, éste sería poco menos que un fantasma sin carne y sin huesos, arropado detrás de una desparramada bibliografía.

Así como los volúmenes compilados por Hardy probaron al mundo que eran falsas las insinuaciones de sus adversarios según las cuales sir Isaías no era más que un brillantísimo conversador, un filósofo de salón, sin la paciencia ni la energía para emprender obras de gran aliento intelectual, gracias a Ignatieff —periodista e historiador, nacido en Canadá, graduado en Toronto y Harvard, y residente en Inglaterra—, sabemos ahora (*A Life: Isaiah Berlin*, Londres, Chatto & Windus, 1998) que el autor de *El Erizo y la Zorra* tuvo una interesante y, por momentos, dramática y aventurera biografía, que su vida no transcurrió solamente, como parecía, sumergida

en los rituales y los sosegados claustros de la elegante irrealidad de Oxford, sino que, a veces de un modo directo y otras al sesgo, se mezcló con los grandes acontecimientos del siglo, como la revolución rusa, la persecución y exterminio de los judíos en Europa, la creación de Israel, la guerra fría y los grandes antagonismos ideológicos entre comunismo y democracia que siguieron a la posguerra mundial. El personaje que emerge del libro de Ignatieff —un libro afectuoso y leal, pero independiente, que, fiel al principio ético berliniano por antonomasia, el del juego limpio, no vacila en señalar errores y defectos junto a virtudes y excelencias— no es menos atractivo y cálido, el ser modesto, cordial, ameno y sociable que hizo de él la leyenda que lo acompañó en vida, pero es, asimismo, más complejo y contradictorio, más humano y más profundo, el de un intelectual que, pese a haber alcanzado los máximos honores en Gran Bretaña, su país de adopción —presidente de la Academia, rector de un *College* en Oxford, recipiente de la Medalla al Mérito, la más alta condecoración británica, ennoblecido por la Corona—, no dejó nunca, en su fuero íntimo, de sentirse un expatriado y un judío, solidario de una tradición y una comunidad sobre la que gravitaban desde tiempos inmemoriales la discriminación y el riesgo y los prejuicios, condición que contribuyó decisivamente a la inseguridad que fue como su sombra en todos los períodos de su vida, y, también, sin duda, a modelar su prudencia, su empeño en integrarse al medio social y en pasar desapercibido, fuera de los grandes reflectores del poder y del éxito, y su defensa sistemática de la tolerancia, del pluralismo, de la diversidad política, y su odio del fanático de cualquier pelaje. Bajo el inagotable conversador que, por lo visto, hechizaba a los comensales en las cenas y fiestas con la riqueza de sus anécdotas, la fluidez de su expresión y el poderío de su memoria, se escondía un personaje desgarrado por aquellos conflictos morales que él describió antes y mejor que nadie, los que oponen a la libertad y la igualdad, a la justicia y el orden, al judío ateo y al practicante de su religión, y al liberal temeroso de que una libertad irrestricta en la que "el lobo podría comerse a los corderos". El claro, sereno y luminoso pensador que sugieren sus escritos, sigue siéndolo en el retrato que traza de su persona Michael Ignatieff; pero, bajo esa claridad resplandeciente en las ideas y su formulación retórica, aparece un hombre a menudo sobrecogido por la duda, que yerra y al que angustian sus yerros, y que vive en una discreta pero constante tensión que le impide sentirse totalmente integrado a medio alguno, aun cuando los signos exteriores de su vida civil aparenten exactamente lo contrario.

Pese a negarse a considerar siquiera escribir su autobiografía, Isaías Berlin aceptó conversar con su amigo Michael Ignatieff, frente a una graba-

dora, sobre todos los episodios de su vida, a condición de que éste sólo publicara el resultado de su investigación luego de su muerte. La conversación duró diez años, la última década de Berlin, y se clausuró la última semana de octubre de 1997, pocos días antes del fallecimiento del protagonista, cuando sir Isaías, muy frágil y casi destruido por la enfermedad, convocó a su biógrafo a Headington House, su casa de campo en Oxford, para corregir algunos datos que había esclarecido su memoria, y para recordarle, con insistencia, que su mujer, Aline, había sido el centro de su vida y que su deuda con ella era impagable. Ignatieff ha completado los testimonios personales con una prolija investigación en Rusia, Estados Unidos, Israel e Inglaterra, y entrevistado a decenas, acaso centenares de personas que estuvieron ligadas a Berlin, y llevado a cabo una profusa documentación en periódicos, libros y archivos, de modo que su biografía da una idea, si no definitiva, muy completa de la peripecia vital del gran pensador, entrelazádola con el desarrollo de sus curiosidades, convicciones, ideas y trabajos intelectuales. De modo que la suya es una biografía literaria, en la que la vida y la obra se confunden, como el anverso y el reverso de una medalla.

Aunque Isaías Berlin pasó sólo sus primeros doce años en Rusia (había nacido en 1909, en Riga, en una familia judía acomodada, cuando Letonia pertenecía al imperio ruso), las experiencias de aquella primera época de su infancia, afectada por tremendas convulsiones sociales y tumultos familiares, lo marcaron para toda la vida y dejaron como huella indeleble dos rasgos de su personalidad: su horror hacia el totalitarismo y las dictaduras, y su judaísmo. El hecho capital de esa infancia fue, sin duda, la revolución bolchevique, que él vio de cerca, en San Petersburgo, adonde se había trasladado su familia huyendo de la inseguridad y las amenazas que rodeaban a la comunidad judía, y donde fue testigo, a los siete años y medio, de escenas de violencia callejera que lo vacunaron para siempre contra los entusiasmos revolucionarios y "los experimentos políticos". De esa época nace su actitud hostil al comunismo, a la que fue fiel toda su vida, aun en los momentos de la guerra fría, cuando la inmensa mayoría de la comunidad intelectual en la que él vivía inmerso, estaba cerca o dentro del marxismo. Él no cedió nunca a esa tentación; y su anticomunismo lo llevó, incluso, a posiciones extremas, raras en él, como defender a Estados Unidos durante la impopular guerra de Vietnam, y a negarse a firmar un manifiesto de protesta contra Washington, con motivo de la invasión a Cuba de Bahía de Cochinos, en mayo de 1961 ("[p]uede ser que Castro no sea comunista", le escribió a Kenneth Tynan; "pero creo que las libertades civiles le importan tan poco como a Lenin o Trotsky"). Esta actitud lo

indujo, incluso, a cometer un acto poco congruente con su ética pluralista: impedir, gracias a su influencia académica, que se le diera una cátedra de estudios políticos, en la Universidad de Sussex, a Isaac Deutscher, judío exiliado como él, pero antisionista y de izquierda, y autor de la más famosa biografía de Trotsky. Su discutible respuesta a quienes lo acusaron de haberse conducido en este episodio como "los cazadores de brujas anticomunistas" fue que no podía apoyar para una cátedra a alguien que subordinaba el conocimiento a la ideología.

Huyendo nuevamente, esta vez no sólo del miedo, también del hambre, la familia de Berlin retornó a Riga por breve tiempo, en 1920, y allí, en el tren que la conducía, fue víctima de insultos y agresiones por pasajeros y funcionarios antisemitas, los que, dice Berlin, le descubrieron por primera vez —y para siempre— que no era ruso, ni letón, sino judío, y que nunca dejaría de serlo. Aunque ateo y educado en Inglaterra con una formación laica, siempre se manifestó solidario con la colectividad y la cultura de sus ancestros, hasta el extremo, incluso, de practicar puntualmente en familia los ritos religiosos judíos. Fue un curioso practicante no creyente. Y, como sionista, colaboró estrechamente con uno de los fundadores del Estado de Israel, Chaim Weizmann, aunque, a diferencia de buen número de sus parientes, jamás pensara en emigrar y hacerse ciudadano israelí. Buena parte de esta colaboración tuvo lugar al mismo tiempo que, en los años de la segunda guerra mundial, Isaías Berlin servía como analista y asesor político al gobierno británico, en Nueva York y en Washington, lo que debió significarle no pocas angustias y dilemas morales, teniendo en cuenta la tensa y a veces antagónica relación que existió entre el Foreign Office, que era pro árabe, y los dirigentes sionistas. Conocer al detalle esta suma de contradicciones en la vida personal de Isaías Berlin ayuda a comprender la secreta raíz de una de sus más lúcidas teorías: la de "las verdades contradictorias".

La comunidad judía letona, en la que Isaías nació, hablaba ruso, letón y alemán, y aunque el niño aprendió estas tres lenguas, su identificación cultural fue sobre todo con el ruso, una lengua y una literatura que estudió y practicó toda su vida. En Inglaterra, a la vez que se educaba, primero, en un colegio privado cristiano de alto nivel, St. Pauls's School, y luego, gracias a sus brillantes calificaciones, en Oxford, siguió estudios de ruso junto con los de filosofía, de modo que, aunque el cordón umbilical que lo unía a Rusia se cortara a los doce años, cuando empezó a ser un ciudadano británico y a asimilarse a la vida cultural de su segunda patria, su simpatía intelectual y su amor a la lengua y a la literatura rusas permanecieron, como lo muestra la notable desenvoltura y conocimiento que denotan sus abundantes ensayos dedicados a temas, escritores y pensadores rusos,

(Russian Thinkers es, para mí, su mejor libro) como los dedicados a Tolstoy, Turguéniev o a su admirado modelo, el liberal Alexander Herzen. En su retorno a Rusia por unos pocos meses, en 1945, como diplomático británico —viaje de incalculables consecuencias en su vida afectiva y política— dos grandes escritores que lo conocieron, Boris Pasternak y Anna Ajmátova, quedaron literalmente deslumbrados con la fluida elegancia con que hablaba el ruso culto de otros tiempos este profesor venido del otro mundo, y que, además, conocía tan bien una literatura y unos autores que comenzaban a ser cada vez más invisibles o remotos en esa sociedad sometida a la férula censora de Stalin.

La segunda guerra mundial cambió radicalmente el horizonte privado de Isaías Berlin. Sin ella, es probable que su vida hubiera transcurrido, como las de otros *dons* de Oxford, entre las aulas donde impartía clases de filosofía, al principio, y luego de ideas sociales y políticas, las bibliotecas, y su apartamento particular en el más prestigioso y tradicional de los Colleges de la Universidad, All Souls, al que había sido elegido *fellow* a la increíble edad de 23 años (el primer judío en ser incorporado a la institución). Pero, al estallar la guerra, esta vida "asexuada y erudita" experimentó una brusca transformación: el joven profesor, cuyo renombre como políglota y especialista en culturas europeas —rusa y alemana en particular— era ya grande en el ámbito académico, fue enviado a Estados Unidos por el gobierno británico para que, desde Nueva York y Washington, asesorara a la Cancillería y a la embajada ante la Casa Blanca sobre la actualidad política. Entre 1941 y 1945 sir Isaías desarrolló una extraordinaria labor al servicio de su patria de adopción, y no sólo por sus análisis sobre la situación internacional y las delicadas relaciones diplomáticas entre los aliados, acaso los más leídos en la historia del Foreign Office. (El propio Churchill quedó tan impresionado por ellos que, en 1944, quiso averiguar quién los escribía. Anthony Eden le respondió: "El Sr. Berlin, un judío báltico, de profesión filósofo". Y añadió, de su puño y letra: "Son buenos, de acuerdo. Aunque, tal vez, adolecen de cierto aroma oriental")[1]. También, estableciendo una red de amistades en los más elevados círculos sociales, académicos y políticos de Estados Unidos, gracias a su encanto personal y a su talento mundano: conversador pirotécnico, hacía las delicias de las cenas y reuniones diplomáticas, y, además de distraerlos e hipnotizarlos con su buen humor, sus anécdotas y su sabiduría, daba a sus interlocutores la

[1] Una selección de estos notables informes, verdaderos ensayos políticos muchos de ellos, fue publicada en 1981: *Washington Despatches, 1941-1945: Weekly Political Reports from the British Embassy,* editada por H. G. Nicholas, introducción de Isaiah Berlin (Londres, 1981).

estimulante sensación de, por alternar con él, gratificarse con un baño de alta cultura. Este aspecto *snob* de su vida —que estuvo siempre llena de compromisos sociales, de cenas, galas y recepciones en los más altos vértices de la mundanidad— curiosamente no afectó para nada su trabajo intelectual, en el que jamás hubo concesiones ni caídas en la banalidad. Pero, no hay duda que la vida social lo hacía feliz, y que disfrutaba en esos ágapes rodeado de gente, si no siempre culta, al menos poderosa, rica o influyente. No es imposible ver en esta vertiente un tanto frívola de su personalidad, un a compensación, un sucedáneo de la vida sexual, que no parece haber tenido, o haberla conocido apenas, hasta su madurez: todas sus amistades, en Oxford, estaban seguras de que sería siempre un solterón.

Tal vez por ello lo marcó con tanta tuerza aquella noche entera que pasó, en noviembre de 1945, en Leningrado, en un piso desangelado, junto al más grande poeta vivo ruso, la desdichada Anna Ajmátova. Isaías Berlin, enviado por unos meses a la embajada británica de Moscú, fue a Leningrado, en una visita nostálgica, en busca de libros y de recuerdos de su infancia, y, de manera casual, en una librería, alguien, al oírlo preguntar por la poetisa, se ofreció a llevarlo a su casa, que estaba cerca. Anna Ajmátova tenía 56 años, veinte más que Berlin. Había sido una gran belleza y muy famosa como poeta desde antes de la Revolución. Estaba en desgracia y desde 1925 Stalin no le permitía publicar una línea ni dar recitales. Su trágica odisea es una de las más penosas de esos años terribles: el régimen soviético fusiló a su primer marido y al tercero lo dejó languidecer en vida en un campo de trabajo forzado siberiano; a su hijo Lev —un joven talentoso con quien, aquella noche, Isaías Berlin conversaría brevemente— Stalin lo mandaría al Gulag por trece años, y, con el chantaje de no matarlo, los comisarios soviéticos obligarían a la Ajmátova a escribir abyectas odas de adulación al dictador que la martirizaba. Como los padecimientos de la poetisa se agravaron considerablemente después de aquella noche, Isaías Berlin nunca se liberó del remordimiento de haber sido involuntario responsable de este hecho. (En los archivos del KGB, figura un informe sobre aquella conversación, que Stalin comentó a Zhdanov, el comisario cultural, de esta manera: “O sea que ahora nuestra monja se consuela con espías británicos, qué te parece”.)

Según aseguró siempre, de manera enfática, Isaías Berlin, las once o doce horas que estuvieron juntos él y la Ajmátova fueron castas, de intensa y fulgurante charla, y que, en ella, en un momento, Anna le recitó buen número de los célebres poemas del libro que —burlando la persecución— escribía de memoria, *Reunión*, que pasarían luego a representar uno de los más altos testimonios de la resistencia espiritual y poética contra la tiranía

estalinista. La charla fue literaria, una evocación de los grandes autores anteriores a la Revolución, muchos de ellos muertos o en el exilio, y sobre los cuales Berlin pudo informarla, y, discretamente, sobre la dificilísima situación en que transcurría la vida de Anna, siempre en la cuerda floja, viendo caer la represión en torno suyo y esperando que cayera sobre ella misma en cualquier momento. Pero, consta que, aunque no hubiera el menor contacto físico entre ellos, al mediodía siguiente, el austero Isaías Berlin regresó al Hotel Astoria dando brincos de felicidad y proclamando: "¡Me he enamorado, me he enamorado!" Desde entonces, hasta su muerte, afirmaría que aquel encuentro había sido el hecho más importante de su vida. Y en cuanto a la Ajmátova, la impresión de aquella visita quedó reflejada en los bellísimos poemas de amor de *Cinque*. Una historia de amor imposible, desde luego, pues, a partir de entonces, el régimen cortó toda comunicación y contacto de la poetisa con el mundo exterior, y, en los seis años siguientes, Berlin no pudo siquiera enterarse de su paradero. (A sus ruegos de que hicieran averiguaciones, la embajada británica en Moscú respondía que era preferible, para la Ajmátova, no intentar siquiera comunicarse con ella.) Muchos años después, en 1965, en los albores del deshielo soviético, Isaías Berlin y otros profesores gestionaron un doctorado honorario en Oxford para la gran poetisa rusa, a la que las autoridades soviéticas permitieron con este motivo viajar a Inglaterra. Ella era ya una anciana, pero el prolongado martirio no había conseguido quebrarla. El reencuentro fue frío y, al echar un vistazo a la suntuosa residencia donde vivía Berlin con su mujer Aline, Headington House, ella no pudo reprimir una adolorida ironía: "Así que el pajarito ha sido encarcelado en una jaula de oro".

Que el solterón vocacional que sir Isaías parecía llegara a casarse en 1956 con Aline Halban, perteneciente a una aristocrática y muy próspera familia judía francesa, no sólo fue una sorpresa para sus incontables amigos; fue la culminación de una rocambolesca aventura sentimental que daría materia para una deliciosa comedia picaresca. Al terminar su misión diplomática, en 1945, Isaías Berlin volvió a Oxford, a las clases, a sus conferencias y a su quehacer intelectual. Comenzaba a ser ya conocido a ambos lados del Atlántico y, desde entonces, pasó trimestres o semestres en universidades norteamericanas, sobre todo Harvard, además de los periódicos viajes a Jerusalén. Comenzaban a llover sobre él las distinciones y el establecimiento británico le abría todas las puertas. Y entonces, ya muy entrado en la cuarentena, el sexo parece haber hecho irrupción en su vida, y de una manera que sólo cabe llamar tortuosa y académica: amores adulterinos con esposas de sus colegas universitarios. Una irresistible comicidad recorre las páginas donde Ignatieff describe —con mucho cariño y benevolencia, por

lo demás— una primera *liason*, de varios años, con citas en iglesias, bibliotecas, pasillos, parques y hasta la alcoba paternal del filósofo. Éste, aquejado un día de remordimientos, va donde el marido y le cuenta la verdad: "Amo a tu mujer". El agraviado descarta el asunto con un rotundo "Eso es imposible" y cambia el tema de conversación.

La segunda aventura es la seria. Aline estaba casada con un físico eminente, Hans Halban, de origen austriaco, y que había trabajado en los programas nucleares franceses antes de enseñar en Oxford. Ella era atractiva, culta, rica, y apasionada de la música y la vida social, como el propio Isaías. La estrecha amistad nacida entre ambos al calor de estas afinidades fue evolucionando en una dirección "culpable". El físico, advertido de lo que ocurría, intentó poner fin a las salidas de Aline. Isaías Berlín fue a visitarlo. Mientras (estoy seguro) tomaban una taza de té, cambiaron ideas respecto al problema surgido. Entretanto, Aline esperaba el resultado de la charla, paseando en el jardín. La lógica del filósofo fue persuasiva y el físico reconoció. Ambos salieron a caminar entre los rosales y las hortensias y a comunicar a Aline el acuerdo adoptado: ella podría ver una vez por semana a su amante, con el visto bueno de su esposo. Y así parece haber funcionado las cosas, en amigable armonía triangular, hasta que Hans Halban debió regresar a París. Entonces, los esposos decidieron divorciarse e Isaías y Aline pudieron casarse. El matrimonio fue feliz. En Aline, sir Isaías encontró algo más que una tierna esposa: una cómplice, que compartía sus gustos y aficiones, y lo ayudaba en su trabajo, una mujer capaz de organizarle la vida con la desenvoltura que dan la fortuna y la experiencia, y de crear en torno un marco agradable y bien compartimentado, en el que la vida mundana —los veranos italianos en Paraggi, los festivales de música de Salzburgo, Pesaro y Glyndebourne, las cenas y excursiones con personas de calidad— coexistía con las mañanas y las tardes dedicadas a la lectura y redactar sus ensayos.

Un trabajo intelectual que, en efecto, aunque rico y frondoso, y de extraordinarios resultados, se concentró en los ensayos y artículos, o conferencias y reseñas, y evitó las grandes síntesis, los trabajos orgánicos, los proyectos ambiciosos de largo aliento. Ello no se debió, como muestra Ignatieff de manera convincente, a la dispersión y múltiples obligaciones en que transcurrió casi siempre la vida de Berlin: la brevedad, el formato menor, era una inequívoca vocación. En los años ochenta, como para demostrar que se equivocaban los críticos que le reprochaban no haber emprendido una obra de gran horizonte temático, Berlin decidió ampliar sus conferencias de 1965 en Washington DC sobre las raíces del romanticismo (publicadas, póstumamente, con el título de *The Roots of Romanticism) y* durante muchos meses trabajó, de manera sistemática, en la British Library,

y llenó centenares de fichas. Al final, abandonó: los proyectos de gran envergadura no eran lo suyo. Carecía de la ambición, de la fe desmesurada en sí mismo, de la pizca de obsesión y fanatismo, que requieren las obras maestras. El ensayo convenía más a su modestia, a su escéptica consideración de sí mismo, a su nula pretensión de ser o aparecer como un genio o un sabio ante la gente, a su convicción —no era una pose, sino algo profundamente sentido— de que lo que había hecho, o era capaz de hacer, significaba en última instancia muy poca cosa en el rutilante fuego de artificio del pensamiento y la creación literaria universales.

No era verdad, desde luego. Porque este ensayista nato —algo que se podría decir, también, de otro gran liberal: don José Ortega y Gasset—, en sus relativamente breves textos de interpretación y relectura de los grandes pensadores, historiadores o escritores de la Europa moderna, ha dejado una obra de una importancia capital para la cultura de nuestro tiempo. Una de las más incitadoras y fecundas de la tradición liberal, a la que ha actualizado y renovado como pocos pensadores contemporáneos. Probablemente, sólo Popper y Hayek han hecho tanto como él, en nuestros días, por la cultura de la libertad. De los tres, el más artista, el mejor escritor, fue Isaías Berlin. Su prosa es tan transparente y amena como la de Stendhal, otro polígrafo que no escribía sino dictaba sus textos, y, a menudo, la riqueza y animación de sus ideas, de sus citas y ejemplos, la viveza y elegancia con que despliega su razonamiento, dan a sus ensayos una calidad novelesca, de vida palpitante, de contagiosa humanidad.

Yo lo vi dos veces en mi vida. La primera, en los años ochenta, en una cena en casa del historiador Hugh Thomas, donde la invitada estrella era la Primera Ministra, Margaret Thatcher. Sentaron a sir Isaías a su lado y, durante toda la noche, al único de los intelectuales presentes a quien aquélla hizo verdaderos esfuerzos por mostrar respeto y afecto, fue Berlin. Éste parecía abrumado y feliz. Al final de la reunión, cuando la señora Thatcher partió, después de pasar por un par de horas el sutil examen al que los comensales la sometieron, Isaías Berlin sentenció: “Nada de qué avergonzarse”. La segunda fue en Sevilla, en 1992, en un congreso con motivo del quinto centenario del descubrimiento de América. La gente lo rodeaba con cumplidos, que él recibía sonrojado pero agradecido. Yo había escrito una serie de artículos sobre él, que sirvieron luego de prólogo a la edición española de *El Erizo y la Zorra*, en los que cometí la barbaridad de decir que había nacido en Lituania en vez de Letonia. “Bueno, no es tan grave —me ayudó él, con bonhomía—, porque cuando yo nací todo eso era Rusia”. Gracias, maestro. □